

Las ciudades de Ángel Rama: en torno a un modelo de la civilización latinoamericana

Raúl Bueno

Hace ya diez años que Ángel Rama no está entre nosotros. Muchas cosas han ocurrido en este tiempo, en el mundo y en nuestra América, pero sin sorpresa hemos visto que la lección de Rama continúa dándose, tan llena de razones nuevas y nutrientes como al principio, cuando lo de *Marcha*, las polémicas, el modernismo, la transculturación narrativa y todo aquello. Es que, en cierto modo, la obra de Rama ha estado creciendo; es decir, el mérito de sus aportaciones, el sentido de sus ideas, el alcance y la profundidad de sus análisis. Más aún, ha crecido su característica más notable: la capacidad que tiene de invitar a la discusión, de provocar el debate, de incitar a retomar creativa o polémicamente sus líneas de pensamiento. Lo que sigue es un intento de respuesta a las sugerencias que nos propone uno de sus libros más apasionantes. Que este o no en lo cierto ya no depende, por supuesto, del modelo de Rama, sino de la habilidad y fortuna con que nos acerquemos a la fuente.

En su libro *La ciudad letrada* (publicado justamente en este lugar de Nueva Inglaterra desde donde envío esta nota) nos ha dejado un brillante modelo explicativo de la civilización latinoamericana. Un modelo tan rico que prevé situaciones posteriores, posibles desarrollos y aun su adaptabilidad a otros campos y fenómenos de nuestra cultura. Ahí habla de una ciudad que es la conjunción de

prevé situaciones posteriores, posibles desarrollos y aun su adaptabilidad a otros campos y fenómenos de nuestra cultura. Ahí habla de una ciudad que es la conjunción de tres ciudades: letrada, ideal y real.¹ Construida a base de signos (ordenanzas, planos, actas, leyes, etc.) y sostenida por celosos letrados que guardan y multiplican toda esa entidad significada, la ciudad letrada apunta hacia un ideal (una utopía) que los últimos cinco siglos de historia del sub-continente han demostrado que es cada vez más inalcanzable y aéreo. Entonces Rama habla de otra ciudad, la real, la que subyace en la primera y ha sido impuesta por los hechos, la cada vez más terrena y resistente al signo y la ordenanza, que a su modo va revelando un sentido distinto de civilización y de historia:

(?) < = = > c. real < = = > c. letrada < = = > c. ideal

No lo dijo Rama con explicitéz, pero por la intención puesta en la correspondiente secuencia argumental² podemos ver que detrás de la ciudad real existe otra ciudad significada, cuya polaridad es justamente la del signo opuesto al de la ciudad letrada. Esta otra es más bien *oral*, hecha de pactos, de implícitos acuerdos, de normas ahora llamadas “de la informalidad”, de tradiciones a veces milenarias, de signos que rehúyen la escritura y que afloran el sentido de una utopía distinta, a menudo cooperativa y comunal. Rama se refiere muchas veces a esta otra fuerza modelizadora de lo real, como cuando habla de la lengua de la plebe urbana, es decir de

“un vasto conjunto desclasado”,³ o de los anillos que rodean a la “ciudad escrituraria”, uno de los cuales es urbano y lo compone “la plebe formada de criollos, ibéricos desclasados, extranjeros, libertos, mulatos, zambos, mestizos y todas las variadas castas derivadas de cruces étnicos que no se identificaban ni con los indios ni con los esclavos”,⁴ y el otro es suburbano, pero “se extendía por la inmensidad de los campos [y] correspondía al uso de las lenguas indígenas o africanas que establecían el territorio. enemigo”.⁵ Pero el momento más claro de una referencia a lo oral corresponde ya no a un período colonial, sino al último cambio de siglo, en que la presión popular ya no se ejerce desde las periferias, sino desde la base misma del orden central:

*La cultura popular viva del momento no era la agostada cultura rural con su folklorismo conservador que sí eran capaces de ver y admirar, como un bello cuadro de costumbres, los nuevos intelectuales, sino otra, vulgar, masiva y crecientemente urbana, que si apelaba a las tradiciones folklóricas como su natural venéreo productivo, las insertaba ya dentro del suceder histórico presente, pues se trataba de reinventaciones atestigüadoras de la vitalidad creativa popular en la circunstancia de su ingreso protagónico a la historia y, progresivamente, a la urbanización. Nada lo registra mejor que la invención del tango en el Río de la Plata que acompaña la evolución inmigratoria (interna y externa) de sus dos ciudades ribereñas...*⁶

Se habla aquí de una “ciudad” cuyos actores quedaron desde el principio en la periferia, fuera de las grandes agencias previstas por la ciudad ideal: todos aquellos naturales que ayudaron a fundar y sostener las ciudades hispanoamericanas (albañiles, carpinteros, alarifes, obreros, domésticas, etc.), sus descendientes, y aquellos que a lo largo de la historia se les han sumado: los hijos de los variados

1 Cf.: Ángel Rama: *La ciudad letrada*, Hanover, New Hampshire, 1984; p. 36s., 115s.

2 Alvaro Barros Léméz ha señalado, en su reseña a *La ciudad letrada* (*Hispanérica*, No. 40, 1985, p. 131-5), que Rama muere cuando los dos últimos capítulos de su libro estaban en proceso de revisión y ampliación. Muy posiblemente estaba en el ánimo de Rama el presentar el conflicto de nociones de ciudad, o de ideales de ciudad, de que nos ocupamos en lo que sigue de esta nota. Barros Léméz para intuir lo mismo cuando dice que, de haberle sido posible, Rama habría ido por el camino “de desentrañar los problemas, conflictos, dificultades y logros que en el diseño de una nueva ‘ciudad’ [...] se les plantean a los latinoamericanos de hoy y del futuro” (p. 134). En todo caso, nuestra estrategia consiste no en apelar al dato biobibliográfico, sino en presionar los conceptos mismos del modelo de Rama, averiguar sus alcances, el sentido de su dinámica, y hacerles rendir la parte no expresada de su riqueza descriptivo-explicativa.

3 Ángel Rama: *Op. cit.*, p. 44.

4 *Ibid.*, p. 45.

5 *Ibid.*, p. 46.

6 *Ibid.*, p. 143. Los subrayados son nuestros.

cruces de razas y culturas, destinados a cumplir roles modestos en la sociedad prefigurada por el ideal y las letras. Es decir, hablamos de los condenados a vivir en el tugurio o la zona marginal, a migrar del atestado centro a la barriada, o del campo a los márgenes de la ciudad. En esta otra ciudad los hechos anteceden a la ordenanza (es, entonces, una ciudad *factual*), el analfabetismo suele ser la norma, la narrativa y la lírica son manifiestamente orales, la tradición tiene privilegios de ley, las lenguas y los criterios de lengua no siempre son los dominantes, etc., etc.

Es, pues, dentro de ese otro sistema (esa otra semiótica de ciudad) que se han erigido o han crecido las modernas ciudades latinoamericanas, de México a Buenos Aires, de Caracas a Santiago, de Lima a Río de Janeiro. Y expresiones como “desborde popular”, “migración del campo a la ciudad”, “cultura popular”, “cholificación”, “cultura de la informalidad”, “economía subterránea” y “el otro sendero” son algunas de las designaciones que, con intención descriptiva o afán derogatorio, señalan fenómenos concretos de la dinámica orientada por la ciudad oral. La representación que sigue quiere dar una seña de las dos fuerzas que, de manera contraria, y a veces contradictoria, operan en la constitución de la ciudad latinoamericana de este siglo. La nueva fuerza, la de la ciudad oral y factual, no es inorgánica ni carente de sentido estructurador. Obedece a un ideal distinto, a una utopía diferente, que el migrante, el pionero, el fundador de ranchitos y barriadas, intuye y visualiza con una claridad y una urgencia que, por supuesto, el ciudadano privilegiado no puede sentir ni concebir en toda su magnitud:

c.ideal 2 <==> c.oral <==> c.real c.letrada <==> c.ideal1

La demostración más visible y patética del resultado de la actuación real de estas dos fuerzas opuestas la tenemos en Brasilia, donde, más allá de las intenciones del moderno fundador y su arquitecto vanguardista, más allá del ideal de una ciudad futura, ocultatoria de las contradicciones de clase y ra-

za, se erige la abrazante favela, con su intensa pulsión de vida, su sencilla pero clara articulación de lo real, y su vigoroso reclamo de espacios sociales, culturales e históricos.

Sostengo que este nuevo ideal de ciudad se vincula con toda la literatura crítica de la heterogeneidad producida en la América Latina en las últimas décadas. Desde esta perspectiva, se vería más claro cómo es que el proyecto original, aquel hacia el que apuntaba utópicamente la ciudad letrada, estaba animado por los criterios armonizadores de la unidad, la homogeneidad y la organicidad derivada de una férrea y coherente estructura del poder. La heterogeneidad básica con que se inició la conquista y luego la colonización de América era negada por el ideal neoplatónico de ciudad traído por el colonizador europeo, lo que en la práctica significó un orden ciudadano en que el centro hacía afirmación de homogeneidad y las sucesivas periferias diluían la heterogeneidad en una suerte de *continuum* que, finalmente, dejaba en el exterior al país natural, a la sociedad de indios y su chocante alteridad. Y como no pudo ni podía eliminar de lo real esa heterogeneidad básica, entonces el colonizador peninsular ideó desde el comienzo una proyección armonizadora del país, bajo la idea de un proyecto civilizador expansivo y centrifugo. Las ciudades, y especialmente las ciudades capitales, fueron entonces concebidas como focos de civilización, en que las normas ciudadanas tendían a culturizar el país natural y el campo. Cosa que alcanzó su apogeo, como sabemos, en el proyecto civilizador de Domingo Faustino Sarmiento.

Mas por sobre el triunfo relativo o parcial de ese modelo radiante de culturización, el país natural ha luchado siempre por hacer prevalecer su modelo, sobre todo en el último siglo, de modo tal que el poder central homogenizador ha sido dinamitado en su propio lugar, desde el inicio, hasta el momento actual en que las periferias estrangulan el centro, con su presencia masiva, y lo redefinen con los signos evidentes de la alteridad y la pluralidad. Así es como podemos hablar de una distinta y nueva ciu-

dad ideal; una más bien totalizadora que excluyente, que vale para el presente y se proyecta –robusta y más humana idea motora– hacia el futuro de nuestra América.

Martí ya había escrito en 1891, en términos que hablan de la nación latinoamericana pero que son asimilables a su manifestación más conspicua, la ciudad, del desajuste entre lo letrado y lo natural de nuestra América. Dijo: “el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales [...] No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturalidad.”⁷ No, ya no era entonces, para la gente de espíritu avanzado como Martí, la época de una lectura

sarmientina, en que la incursión del campo en las ciudades traía los apocalípticos signos de la destrucción, el caos y el horror. Era el inicio del tiempo de otra lectura, que invirtiendo las ominosas valoraciones facundescas postula que la incursión en la ciudad (sagrada) resulta, por el contrario, productiva, revolucionadora y, a su modo, justiciera. Así entonces la ciudad real es, a despecho de la insigne miopía del discurso oficial y de las aprensiones de ciudadanos que se sienten amenazados, tanto la ostensible plasmación de una incuestionable realidad nacional, tenazmente negada o desdeñada por el ordenamiento libresco, cuando la afirmación heroica de un nuevo sentido de nación y de identidad latinoamericanas.

7 José Martí: “Nuestra América”, en *Sus mejores páginas*. México, 1985, p. 88.

Hanover, N.H., julio de 1993

